juramentos indignados: veinte veces gritó á Audebert que se marchara por la galería que había al lado del peñasco. Audebert no comprendía y Siete Espadas comenzaba á desesperar de poder salvar su casa, pensaba renunciar á ella, y llevarse de grado ó por fuerza el enfermo al monte.

No obstante, una última madera, que impelia aún la ola contra la casa, lo hubiera salvado todo, si hubiese conseguido derribarla. Resistía tenazmente y se encarnizaba en ella con el valor de la desesperación. Por fin, en un esfuerzo supremo, la arrancó; pero sus pies resbalaron sobre las piedras inundadas, é iba á ser sepultado, cuando una mano salvadora, con una impulsión bastante lijera, le devolvió el equilibrio en el preciso momento que la madera se plantaba derecha delante de él, lo que le permitió apoyarse en ella un instante. Al mismo tiempo la mano que le había sostenido le tiró hacia atrás, y se halló en seguridad, mientras el agua, abriéndose una salida nueva, cesaba de combatir con violencia los fundamentos de la fábrica.

Todo estaba salvado. Siete Espadas, salvado también de una muerte casi cierta, se volvió para ver por quién habia sido socorrido tan á tiempo, y permaneció estupefacto al reconocer á Tonina Gaucher.

VII

Hacía mucho tiempo que Siete Espadas no había visto á Tonina cara á cara. A veces la veia pasar más ó menos cerca de él cuando mañana y tarde regresaba á la Ciudad Negra, y el domingo, cuando

iba á visitar á Gaucher, la oía á veces salir de un aposento cuando él entraba en el otro. Parecía evitarle, y por su parte, como se sentía culpable para con ella, se arreglaba de manera que no estuviese obligado á hablarla.

Esta vez no pudo menos que saludarla, darle las gracias, y preguntarle cómo se encontraba allí con aquel tiempo maldito.

—Por la mayor casualidad del mundo,—contestó Tonina dándose prisa en ponerse al abrigo en el taller y sacudiendo su manta empapada por la lluvia. Salí con el buen tiempo para ir, por la carretera arriba, á ver á mi nodriza á su pueblo, cuando la tormenta me ha sorprendido. Me he refugiado debajo de una peña, y estaría aún allí si no hubiese visto pasar un médico que me ha ofrecido un asiento en su carruaje. Me ha dicho que iba á hacer una visita no lejos y que me llevaría á la ciudad alta.

Eso valía más que permanecer debajo de aquella peña en la cual estaba mal resguardada. Por el camino me ha dicho que venía á casa de usted para ver á un enfermo, y que no sabía por donde bajar para llegar á pie al fondo del barranco. No había venido nunca aquí. He bajado con él para guiarle, y nos ha costado mucho trabajo sostenernos en el sendero. Por fin hénos aquí, el médico está arriba examinando á su amigo Audebert, y yo, que no creía encontrar á usted en esta casa porque pasa todos los domingos en la ciudad, según me han dicho, venía á ver si en el taller había alguna persona encargada de velar á ese pobre hombre, cuando he encontrado á usted que estaba luchando con el río.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—Y sin usted, Tonina creo que habria perdido muy bien la batalla.

—¡Oh! ¡eso no! si usted hubiese debido caer mi fuerza no le hubiera retenido.

—Dispense usted, su buen corazón me ha dado la fuerza para retenerme.

—No es preciso tener buen corazón para impedir á un hombre que se ahogue. ¡Además se habria salvado del agua; me acuerdo del tiempo en que, muy joven, se lanzaba al Agujero del Infierno con mi primo Luis!

—¿Lo recuerda usted, Tonina? creia que habia olvidado usted todo lo mio y debo decir que lo merecia muy bien.

—¡Vamos!—no se trata de eso,—repuso Tonina, —ocúpese usted, pues, de ese pobre anciano, que acaso no sabe contestar al médico.

—¿La hallaré á usted aquí, Tonina?

—¡Caramba! ¡con seguridad! ¡no hace un tiempo para ir á coger violetas!

—Al menos déjeme usted encender mi fragua y se calentará; en un instante estará hecho.

Y, sin esperar la contestación, Siete Espadas encendió la lumbre é hizo soplar el fuelle, después de lo cual corrió al piso superior, en el cual, en un rincón bastante bien parecido, estaba situado el sotabanco habitado por su enfermo.

—Este hombre no está bien,—le dijo callandito el médico—y no es fácil cuidarle. Seria preciso mandar pronto á la ciudad alta á buscar los remedios que he recetado, y sobre todo forzarle á tomarlo, porque me parece que está poco dispuesto á seguir mis recetas.

Siete Espadas no tenia nadie á quien mandar y no se atrevia á dejar á Audebert solo. Rogó al médico que regresará á la ciudad y diese el encargo á un propio.

—¡Tardará mucho!—dijo Tonina, que habia acudido al umbral del cuarto,—el domingo, y con este mal tiempo, acaso no encontraria á nadie. Vaya usted mismo, Siete Espadas; yo me quedaré aqui, y guardaré al enfermo.

—¡No! ¡no! no podria usted, está delirando.

—De ningún modo,—repuso Tonina tocando el brazo del enfermo.—Yo no le siento calentura, esté usted sin cuidado, nos entenderemos muy bien los dos ¿no es verdad, tio Audebert?

—¿Quién eres, pues, hija mia?—dijo el anciano coordinando sus ideas.—¡Ah! sí, eres hermana de la pobre Susana. ¡Vets! ¡vets! tienes razón, no desearia causarte pena: ¡eres como yo, ya has tenido bastante en tu vida!

—Ve usted,—dijo Tonina á Siete Espadas.—¡Márchese, márehese! El señor doctor Anthime le llevará pronto á la ciudad; tiene un buen caballo.

—¿Anthime?—exclamó Audebert, que habia recobrado su razón como por encanto desde que Tonina estaba á su lado;—¡entonces usted es el hijo de un hombre muy bueno, para quien he sido ingrato! Preséntele usted mis respetos y mis excusas.

Cuando Siete Espadas estuvo en el coche con el joven doctor, éste le hizo preguntas sobre Tonina. Recuerdo,—dijo,—el casamiento de su hermana con Molino; entonces Tonina era una niña. Desde ese tiempo he estado ausente; he hecho mis estudios en Paris. De regreso desde hace poco, ya no conozco

á nadie en la población. La casualidad me ha hecho encontrar á esa joven al venir á casa de usted. He estado admirado de su lenguaje y de su aire distinguido. ¿No está casada, pues? ¿Como todas las obreras de la Ciudad Negra, al menos debe tener un novio?

—Y como Siete Espadas frunciera involuntariamente el entrecejo, añadió:

—¿Un prometido?

Siete Espadas contestó bastante friamente que Tonina era virtuosa y que todos la respetaban.

—Eso no me extraña,—dijo el joven médico en tono convencido.— Y después de algunas preguntas y reflexiones sobre Audebert de quien su padre le había hablado, volvió á Tonina: Le ha tratado á usted como amigo: ¿se conocen ustedes desde pequeños?

Siete Espadas dió contestaciones insignificantes que dejaban caer la conversación; pero cuando el doctor le dejó en la farmacia añadió:

—Se necesitaria una mujer al lado de su enfermo; procure usted que esa Tonina, que tiene un corazón tan bueno, se quede á su lado. He aqui la tormenta disipada; volveré á verle después de comer.

El efecto que Tonina habia producido sobre ese joven preocupó singularmente á Siete Espadas, porque olvidó pasar por casa del carretero para el remiendo de su rueda; olvidó igualmente hacer advertir á Gaucher, aunque Tonina se lo hubiese recomendado. Solo se preocupó en dar prisas al farmacéutico y regresar cuanto antes con los medicamentos.

Hizo el camino corriendo y halló á Tonina senta-

da al lado de la cama de Audebert y hablando con él. El enfermo estaba calmado y sumiso enteramente. Le hizo tomar los polvos que habia jurado no tomar, sin que hiciera la menor objeción. Y entonces dijo, teniendo las manos de su joven amo:

—¡Te he fastidiado mucho, pobre compañero! Antes estabas como loco, y he visto muy bien que no sabias cómo componértelas, pero Dios me ha enviado uno de sus ángeles. Tonina me ha dicho cosas que me han echado bálsamo en la sangre. No sabia que tenia más inteligencia ella sola que tú y yo. ¡He aqui cómo se pasa años los unos al lado de los otros sin reconocerse ni apreciarse! Tonina, si usted quiere que procure dormir, es preciso jurarme que usted estará aqui hasta que me despierte.

Tonina le preguntó á Siete Espadas si habia hecho advertir á Gaucher. Iba á decir que lo habia olvidado, cuando Gaucher en persona llegó.

La crecida del agua le habia inquietado acerca de su amigo, y venia á ver si no habia experimentado ningún contratiempo. Sorprendióse mucho de encontrar á su prima alli; pero, después de haber oido la explicación de todo, se preocupó del paro que amenazaba la pequeña fábrica, y, con el ardor generoso del primer movimiento quiso partir en seguida para buscar á los obreros. Tonina se contuvo. Puesto que debía quedarse al lado del enfermo, valía más que su primo le hiciese compañía mientras Siete Espadas iba á la Ciudad Negra por el sendero á tranquilizar á su padrino, que debía estar inquieto, y arreglar sus asuntos él mismo.

Siete Espadas estaba muy agitado interiormente Ocurría en él alguna novedad.

La rueda rota que por la mañana le había parecido un acontecimiento tan importante, ya no le parecía merecer tanta pena; pero no se atrevía á insistir para mandar á Gaucher en su lugar, porque comprendía muy bien que Tonina no quería hallarse á solas con él durante el sueño de Audebert.

Volvió á marchar, vió á su padrino corriendo, y trajo á los obreros, que examinaron el daño y desmontaron la pieza que se tenía que componer. Tuvo necesidad de ocuparse durante todo el resto del día de este grave asunto sin ver á Tonina, que se había quedado arriba. Cuando los obreros se hubieron marchado, Siete Espadas, que en todo el día no había tenido tiempo de pensar en comer, y que había pasado la noche velando á Auderbert, se sintió desfallecer, y Gaucher llamó á Tonina, la cual se apresuró á socorrerle y hacerle tomar una sopa de vino. Tenía allí todas las provisiones necesarias; pero el aprendiz que estaba encargado de la cocina hacía fiesta, y, aunque advertido, no se daba prisa por llegar. Por fin llegó hacia la noche y el médico también. El enfermo también había dormido; todo iba mejor.

Siete Espadas estaba muy afectado de la bondad y condescendencia de Tonina.

El doctor Anthime la miraba mucho.

—Ahora,—dijo Gaucher, que lo notó,—puede usted volverse, señor doctor. Nosotros, vamos á arreglarnos para pasar la noche.

Y añadió dirigiéndose á Siete Espadas:

—Tú, estás rendido; vas á volver para dormir á la Ciudad Negra, y me quedaré aquí, á velar el enfermo, con el aprendiz. Mañana, nos relevaréis y todo se arreglará sin que nadie se mate.

—Y á mí—dijo Tonina,—¿quién me acompañará?

—Yo,—contestó el doctor. — Mi carruaje está arriba en la carretera.

—Pero la señorita no vive en la ciudad alta,—observó vivamente Siete Espadas.

—Lo sé. La llevaré á la Ciudad Negra por la carretera.

—Sería demasiado largo,—contestó Gaucher en tono burlón,—eso le molestaría á usted.

El joven comprendió que, estando el primo allí, no le confiarían á Tonina; pero cuando ella le acompañó hasta la puerta, con el fin de acordarse bien de las prescripciones que debía transmitir á Gaucher para cuando por la noche cuidara al enfermo, Anthime le dijo quedo:

—¿Acaso tiene usted miedo de venir conmigo?

—No señor,—contestó, — no me creo bastante hermosa para estar en peligro con nadie.

—¡Oh! si fuese esa la única razón...

—Si no es una razón bastante buena, tengo otra; es que no merezco que el hijo de un padre como el de usted carezca de estimación para mí; pero le doy muchísimas gracias por sus cortesías. Por la noche no voy con los caballeros; sabe usted muy bien que eso no conviene á la hija de un obrero.

—¿Usted se cree más en seguridad con el señor Siete Espadas que sin duda la acompañará?

—Me creo más en seguridad contra las malas lenguas.

—Y tiene razón,—dijo Gaucher que, encontrando el *á parte* demasiado largo, se había acercado.

—Sus iguales pueden ofrecerle el casamiento, y ustedes, caballeros, no lo pueden.

—¡Quién sabe!—contestó el médico alejándose.

—¡Si, si, quién sabe!—dijo Tonina á su primo cuando se creyó estar sola con él.—Yo creo, que tratándose de casamiento, no es preciso fiarse en nadie, y que el rango no hace nada.

—Habrías podido fiarte de Siete Espadas, no lo has querido.

—¡Ah! si, lo olvidaba,—contestó riendo.

Siete Espadas, que la escuchaba sin aparentarlo, se vió humillado y lastimado á la vez por su alegría. Jamás se hubiera atrevido á acompañarla, si Gaucher no les hubiese dicho:

—Vamos, no esperéis que sea de noche. El sendero no es muy bueno, debe haber aún agua en muchos sitios.

—Aguarde usted, primo—dijo Tonina,—es preciso que le escriba todo lo que han recetado para el enfermo. ¡Estoy segura que lo olvidaría usted!

Siete Espadas le presentó un libro de cuentas, en el cual la vió escribir. Observó como escribía deprisa y bien.

—Sería usted buen escribiente,—le dijo sonriendo.

—Tanto como otro—contestó,—y no tendría que preocuparme mucho para que mis números estuviesen mejor alineados de lo que están los de esta página. ¿Usted es quién borronea eso?

Siete Espadas sintió verdadero placer en poder decir que era Audebert.

Subió á dar las buenas noches al enfermo, que le hizo prometer que volvería, comprometiéndose por

su parte en dejarse cuidar con la mayor docilidad.

Mientras ella estaba con Audebert, Gaucher dijo á Siete Espadas:

—¡Pues bien! amigo, si piensas aún en Tonina, hé aquí la ocasión de hacerla retractar de su desconfianza. Háblale con la inteligencia que tienes, muéstrale la estimación que sientes por ella, y acaso no piense lo mismo respecto á tí.

—No lo espero así,—contestó el armero,—parece que me desdeña mucho.

—Sin embargo, jamás nos ha hablado mal de tí. Nos ha dicho á mi mujer y á mí, que no quería casarse. A tí te toca probarle que no está en lo cierto, si tal es tu parecer.

Cuan Siete Espadas se encontró solo en el sendero con Tonina, sacudió su vergüenza.

—Querida Tonina,—le dijo,—usted es buena como un ángel, Audebert ha tenido razón al decirlo, y el dia de hoy no es el único que me haya dado la ocasión de conocer á usted. Sin su gran corazón y su buen espíritu, habría perdido la amistad de mi mejor amigo. He sido muy necio y muy culpable para usted. Me arrepiento, me he arrepentido cien veces ya, y si me hubiese atrevido, habría venido á pedirle perdón al dia siguiente mismo de mi falta.

—¿Por qué pues quiere usted hablar de esas cosas?—contestó Tonina,—le he perdonado, si es cierto que usted haya cometido faltas conmigo, lo cual no creo.

—¡Sí, he cometido grandes faltas! La he cortejado á usted, y de pronto tuve miedo de comprometerme en el matrimonio. Habría deseado tener dos

ó tres años más y poder ofrecer á usted una existencia asegurada... Pero ahora, Tonina, puesto que usted me perdona...

—Ahora ¿qué?—preguntó Tonina.

—Ahora que ya estoy establecido en el término de la Ciudad Negra, aunque no haya hecho aún negocios muy buenos, si usted sintiera el mismo valor que yo...

—El valor de establecernos en familia ¿no es verdad?—repuso Tonina, que se vió obligada de terminar la frase.—¡Pues bien! no, querido amigo, jamás tendré el *valor* de casarme *por valor*. Tengo el capricho de casarme alegremente, por amistad y con toda confianza en mi suerte. Hé aquí porqué, no viendo en usted esa confianza no he sentido rencor contra usted. Ahora el momento de pensar de otro modo ha pasado. Usted no puede ofrecerme, como lo pretende, una existencia asegurada. Cuando usted tenía sus ahorros disponibles, podía pensar en establecerme con usted si me hubiera consultado sus proyectos, y habríamos arreglado bien nuestra vida á satisfacción de ambos. Hoy todo ha cambiado. Héle á usted propietario de una casa que acaso no vale nada en un sitio que quizás no me gustaría. Además usted está lejos de haber recuperado sus desembolsos. ¿Cómo puede usted pensar en tener mujer é hijos? Sería para usted una carga mucho más pesada que antes, porque un año de mala venta, algunas semanas de paro, un accidente del rio, puede ponerle en un aprieto, y ninguna muchacha razonable y precavida le confiará su suerte.

—Me parece,—contestó Siete Espadas muy mortificado,—que usted tiene razón y prudencia por cien, hermosa Tonina. ¡Usted calcula bien, por más que diga usted lo contrario, bien se ve que la amistad no entra para nada en sus proyectos de matrimonio!

—No tengo ningún proyecto de matrimonio,—replicó Tonina,—no poseyendo nada más que mi juventud y mi salud, no tengo necesidad de nadie para ganarme el sustento. De esta manera, vivo como me place. Me tengo recreada en mi cuartito con un libro, el domingo, y los hijos de los demás encima de mis rodillas. No tengo quebraderos de cabeza para el día de mañana. Si caigo enferma, será tanto peor para mí. Si me muero no dejaré una familia en la miseria, y moriré tranquilamente, como dicen, como se puede morir cuando no se es necesario á los demás. Usted ve bien que no tengo razones para cambiar mi suerte contra la que usted podría ofrecerme.

—Tiene usted razón, Tonina, tanta razón que no hay nada que decirle; usted no ama á nadie, usted piensa en sí misma, la felicidad ó la desgracia de los demás no le importa nada. ¡De esa manera, no tendrá nunca inquietudes, y se puede decir que conoce su interés!

—Creo, Siete Espadas, que si algo se me puede reprochar, no es usted quien debería hacerlo. Usted razonó aún mejor que yo el día que se dijo: «Un hombre casado no se pertenece ya y no debe cambiar su suerte sino por una mejor. Vale más quedarse soltero y buscar su conveniencia.» ¡Yo, no

tengo nada que buscar, me contento con quedarme como estoy!

—¡Quién sabe! como decía hace poco ese médico. Usted es bastante agradable para encontrar sin buscar, y acaso espera la fortuna de más arriba que yo.

—En cuanto á eso,—contestó Tonina riendo,—si la fortuna me viene durmiendo nadie tendrá que criticarme.

Siete Espadas se calló, y continuó andando sin querer mostrar el despecho y todo el pesar que le causaba la indiferencia de Tonina.

VIII

Así llegaron hasta un lugar en que el agua no había corrido y llenaba todo el sendero que seguían.

Siete Espadas, al ver que Tonina iba á atravesar el paso valientemente sin pedirle ayuda, la detuvo malhumorado:

—¿Me tiene usted tan mala voluntad,—le dijo—que no quiere aceptar el menor servicio mio? Sé perfectamente que no tengo caballo ni carruaje, para evitar que el calzado de usted se ensucie; pero, en cambio, aquí están mis brazos para pasarla al otro lado.

—Ya soy muy grande para que me lleven en brazos,—respondió Tonina,—y no me moriré por un baño de piés.

—¿No quiere usted que la lleve?—repuso Siete Espadas incomodado de veras.—¡Sea pues, si así es su gusto!

Pero cuando vió que penetraba en el agua sin contestar, echóse en cara su orgullo, y tomándola en brazos sin consultarla, la dejó á veinte ó treinta pasos más lejos.

—¿Qué le pasa á usted, Siete Espadas?—le preguntó entonces,—he sentido que sobre mis brazos caían lágrimas ardientes de sus ojos. ¿Por qué pues puedo yo causarle pena? ¿Quiere usted que se lo diga? Usted cree que debe sentir lo ocurrido porque yo me he conformado con mi suerte, sin incomodarme, ni lamentarme; pero si á estas horas yo fuese su mujer, usted se hallaría desolado. ¡Vamos, no confunda usted el orgullo con el amor, que no es la misma cosa!

—Si ahora fuese usted mi mujer,—contestó el joven,—en vez de estar preocupado, inquieto y desanimado, como me encontraba esta mañana cuando usted ha llegado, tendría alguien que me consolase y me devolviese la esperanza; me figuro que no me dominarían las negras ideas cuando el rio sube, ni me encolerizaria con ese pobre Audebert, cuando pierde la cabeza. ¡Tonina, soy mucho más desgraciado de lo que usted se figura! No sé si es la inquietud de no conseguir lo que me he propuesto, y el temor de que se burlen de mí los que creyeron que yo cometía una temeridad queriendo ser un hombre serio en la edad en que tantos otros solo piensan en los placeres, ó si es la compañía de esa cabeza lijera, que yo he aceptado como amigo, ó tal vez la tristeza y la soledad de esa barraca endiablada; pero le juro á usted que hay dias en que por nada...

Siete Espadas no acabó su pensamiento, y am-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

bos guardaron silencio por algunos instantes. Por fin, dijo Tonina:

—¡Me entristece usted, Siete Espadas, de veras, me entristece usted mucho! Pero... si siente usted haber hecho esa adquisición, en eso nada tiene que ver el matrimonio, y si una vez casado, los negocios no le hubieran ido bien, seguramente sentiría usted doble pesar. Veamos, compañero, aunque no tenga usted un corazón muy tierno, es usted un hombre honrado, y no querrá ni sabrá mentir, según me figuro. Convenga usted, que durante los cuatro meses que es usted amo, no ha pensado mucho en mí.

—Se equivoca usted, Tonina; he pensado muchas veces y siempre con tristeza.

—¿Por qué se figuraba usted haberme causado una gran pena? Dígame la verdad, nada me molestará.

—Pues bien, sí, yo me figuraba haberla ofendido.

—Ahora veo que no tiene usted mal corazón; pero si usted hubiese podido leer en el mío y asegurarse por sus propios ojos que no sufría ¿hubiese usted venido á decirme, como yo he visto que Gaucher dijo en cierta ocasión á Sise:

—Querida, que usted me ame ó no, yo conozco que no puedo vivir sin usted. No me conteste usted á la lijera, Siete Espadas; yo no trato de que sea usted galante y amable conmigo; apelo á su palabra de hombre honrado.

—Pues bien,—contestó el armero, después de un momento de reflexión y abatimiento,—convengo en que he estado tan ocupado, tan agitado por mis negocios, que no he pensado en otra cosa detenidamente. Mi ambición no ha extinguido mi amor, pero le ha perjudicado. He aquí mi confesión ¿es una razón para que no me perdone usted?

—Sería, al contrario, una razón para que le perdonase si usted me quisiese mucho ahora. La sinceridad es una cualidad muy hermosa á mis ojos; ¡pero usted no me ama hoy más que ayer, querido amigo!

—A mí me parece no obstante...

—Le parece á usted porque le he cogido en un día de pasares y peligros, y en esos momentos se tiene necesidad de afecto. Además, usted ha creído que alguien se fijaba en mí, y su amor propio se ha rebelado; y por último, viéndome deseosa de servirle, usted se ha figurado que yo le amaba, y todo junto se le ha subido á la cabeza; pero ya el peligro ha pasado y la tristeza pasará. Nadie piensa en mí, ni yo pienso en nadie. Si usted me dijese esta noche una palabra de amor y me la diese de matrimonio, mañana se arrepentiría, y yo, á mi vez, también tendría que arrepentirme por haber creído en un soplo de amor, que no es el amor verdadero de toda la vida.

—Vamos,—dijo Siete Espadas,—usted me castiga por mi franqueza, y me mata usted con el mismo hierro que me ha arrancado del corazón. ¿Será pues necesario que haga yo fortuna para consolarme? Pues bien, ya he empezado á no creer en la fortuna, y á decidirme que soy muy loco en fatigarme por una cosa tan incierta.

—No tiene usted el derecho de desanimarse tan pronto,—replicó Tonina.—El vino está echado, es necesario beberlo. No debe usted disgustarse de

una cosa que ahora empieza. El que á los primeros obstáculos se retira, no es un hombre; y cambiando de proyectos todos los días, no puede inspirar confianza á nadie. Quizás sea triste para usted haber sacrificado la juventud á la ambición, y el presente al porvenir; pero más triste sería sacrificar ese porvenir, que tanto le cuesta, por algunos contratiempos que pasarán como todo pasa. Mañana por la mañana iré á ver al enfermo, puesto que se lo he prometido, y hablaremos con Gaucher de todo esto.

—¡Ah! Vendrá usted mañana á la barraca. ¿A qué hora?

—No sé. No quiero volver con usted, Siete Espadas, eso daría que hablar, y hasta es mejor que nos separemos aquí para no entrar juntos en la calle; pero nos veremos mañana, se lo prometo. En mi obsequio ¿quiere usted prometerme reflexionar, como un hombre razonable debe hacerlo, y no desanimarse por las contrariedades que le sobrevengan?

—Pero... ¿y qué puede á usted importarle Tonina que yo me aflija y desanime, si no siente usted por mí ningún afecto?

—¡Hay afecto y afecto! Uno que hace que no puedan vivir dos personas de diferente sexo separadas y obliga al matrimonio, ese no lo ha sentido usted por mí, y afortunadamente yo tampoco por usted; pero hay otro más tranquilo y que no encadena tanto y es el que hace que nos interesemos por las penas de los demás, que se quisieran evitar. En el estado en que nos hallamos es el mejor que puede existir entre nosotros, y si usted me cree, será el

que conservemos. No se tratará de amor ni de capricho; me tomará usted tan en serio como si yo fuese Gaucher, mi primo. Si le conviene á usted el trato, hasta la vista; si no mañana nos veremos por última vez.

—Yo seré para usted lo que usted quiera, Tonina, su marido ó su hermano, su amante ó su amigo; con tal de que nos peleemos, estaré más contento que en estos últimos seis meses lo he estado.

Al día siguiente, Siete Espadas, para obedecer á Tonina, se fué á su fábrica con sus obreros y sin parecer pensar en ella; pero contó las horas y los cuartos hasta que la vió llegar con Lise y los hijos de ésta. Después que hubieron visto á Audebert, que se hallaba mejor y que, también, había esperado á Tonina como al Mesías, Lise, dejando á su compañera al lado del enfermo, llamó á su marido aparte.

—Oye una cosa que tú no sabes,—le dijo,—y que Tonina acaba de decirme cuando veníamos aquí; es que tu amigo está triste y corre peligro de desanimarse completamente, si no le dás un golpe de mano. ¿Quién te impide trabajar para él durante una semana ó dos? Será muy triste para mi hija y para mí no verte en todo el dia, pero no es preciso pensar solo en este mundo. Audebert es buen hombre, pero se halla imposibilitado de trabajar durante algunos dias, y además no es el hombre que conviene á un muchacho como Siete Espadas. El mismo Audebert lo reconoce, y tiene la idea de dejarle. Será necesario pues que te estés aquí hasta que tu amigo haya encontrado otro encargado.

—Ya había pensado en todo esto,—contestó Gau-

cher,—pero no me atrevía á ofrecerme al amigo por temor de causarte un pesar. No he tenido razón al dudar de tu buen corazón, Lise mía, y puesto que eso viene de tí, estoy contento en dejarte todo el mérito á tí. Habla con Siete Espadas y dile que si le conviene, estoy á su disposición por lo que queda de mes.

Cuando Siete Espadas aceptó con reconocimiento la oferta de su amigo, Tonina le dijo:

—Ayer hice mal en reirme de su libro de cuentas. Si hubiese sabido lo que el pobre Audebert acaba de decirme, no habría gastado bromas en asunto tan importante.

—¿Qué le ha dicho á usted pues, Tonina?

—Me ha confesado algunos errores que le ha recordado desde que la calentura le ha dejado. Teme que los haya notado usted, y acaba de rogarme que los corrija. ¿Quiere usted permitirme repasar esos, libros de los cuales me burlaba ayer?

—¡No quiero dar á usted ese quebradero de cabeza, querida Tonina! Ya he visto que todo era un disparate; pero le prometo no hacer ningún cargo á Audebert, y, cuando tendré la cabeza más tranquila, conseguiré aclarar todos esos enredos.

—¿Por qué no en seguida?—repuso Tonina,—lo que se aplaza no se hace ó cuesta mucho de hacer. Puesto que la rueda no dá vueltas hoy y usted no puede ayudar á los carpinteros, puedo consagrarle muy bien el resto de mi medio jornal. No será lo que cuesta el rescate de un rey. Siéntese usted aquí y vamos á poner entre los dos sus asuntos en orden.

Tonina tomó la pluma y trasladó á otro libro todas las cuentas de Audebert, consultando á Siete Espadas, á cada artículo de gastos y de entrada. Después hizo balance y le probó que, si el negocio no era aun próspero, no era por culpa de su trabajo ni de su industria, sino únicamente por tiempo, y que en todas las cosas era preciso saber prudentemente esperar.

* * *

Gaucher, que había creído el negocio muy brillante, se asombró al verlo tan mediano; pero tampoco era malo, como muchos lo pretendían por envidia. Siete Espadas se alegró mucho al poder hablar con franqueza, cosa que aún no se había atrevido á hacer, ni con sus mejores amigos. Cuando un obrero pasa á ser amo, hay tanto amor propio en juego en él y en los demás, que se vuelve desconfiado, receloso, fanfarrón ó pusilánime. El joven que alternativamente había sido un poco de todo eso, se sintió á sus anchas, y reconoció que los quebraderos de cabeza confesados están medio borrados, cuando la amistad los comparte.

—Y ahora, Tonina,—dijo á la bondadosa joven, —ahora que me ha puesto usted el corazón en la cabeza, ¿no nos hablaremos más cuando nos encontraremos por la población?

—Cuando vea que usted tenga la mirada alegre y la cara contenta, como Gaucher las tiene siem-

pre, le hablaré á usted como le hablo á él; pero si le encuentro con una cara pesarosa y miradas feroces, como usted las tiene desde hace dos ó tres meses, pasaré por otro lado, sin decirle más que buenos días, porque no tengo carácter para querer á las personas que parecen desconfiar de todo el mundo. Ahora, regreso á mi trabajo. Usted velará al enfermo esta noche; la noche siguiente lo haremos Lise y yo, después Gaucher y luego usted. De esta manera llegaremos al final de la enfermedad, que no parece que haya de durar mucho tiempo; cuando sane, le dejará á usted y vendrá á trabajar á la ciudad, y usted debe aconsejárselo, porque aquí está demasiado solo por la noche, y eso no es bueno para una cabeza enferma. Su compañía tampoco es buena para usted. Necesita un hombre más joven y que no busque tantos rodeos. Si quiere usted creerme tome á Va-sin-Miedo.

—¡Va-sin-Miedo no está libre!

—Si tal. Ayer se enfadó con su amo, y esta mañana le he hablado para que viniese aquí. No sabe leer ni escribir, pero tiene buena memoria y buena cabeza, y no será malo que usted mismo lleve los libros. Por la tarde, en vez de regresar á la ciudad á puesta de sol, debería estarse usted en su despacho durante una hora. De esta manera, conocería siempre claramente su situación, y eso valdría más que mirarla de vez en cuando.

—¡Sí, sin duda, sería preciso; pero mi pobre anciano padrino se acuesta muy temprano, y se aburriría estando solo!

Tanto más cuanto que su ama de huéspedes le hace cenar mal cuando usted no está allí. El otro

día se me quejaba y me decía que, si pudiese vivir en la casa que estoy, estaría más aseado y por la noche tendría mi compañía. Si le acomoda á usted, podremos arreglarlo bien, y el anciano encontrará mejora.

—Tonina,—contestó Siete Espadas,—usted es la mejor y más inteligente muchacha del mundo. Usted tiene el don de persuadir las cabezas más duras. Hace muchos años que mi padrino se queja de la casa que habita y de las personas que le dan de comer, y no obstante, era imposible hablarle de mudar. ¡Usted, con una palabra le decide! Eso no debería asombrarme porque yo, que ayer por la mañana me volvía loco, héme aquí como en el cielo hoy... ¡Y si mi padrino vive á su lado la veré á usted pues, todos los días!...

—¡Sí,—contestó Tonina,—pero ya lo sabe usted, como amigo y como hermano!... ¡No quiero otros pensamientos entre nosotros! Cuanto más veo lo difícil de su existencia, menos ganas tengo de cambiar la mía que transcurre tranquilamente, como un arroyo por un prado.

Tonina dejó á Siete Espadas lleno de entusiasmo y esperanza.

A pesar de lo que había podido decirle, presumía no tener que esperar por mucho tiempo un perdón completo. Tenía amor propio, y podía tenerlo, siendo guapo, bien formado, inteligente y muy amable cuando se sentía el corazón alegre. Y luego Gaucher estaba allí para decirle que Tonina le amaba más de lo que quería aparentar, y que lo que estaba haciendo no era más que un experimento en el cual acaso entraba un poco de coquetería. Al me-

nos esa era la opinión de Lise, y Gaucher creía á ciegas todo lo que creia su mujer.

* * *

Muy pocos dias después, el tio Laguerre se instaló en una habitación bastante buena, al lado de una idéntica, destinada á Siete Espadas, precisamente debajo de la que Tonina tenia alquilada en casa de la Laurentis, una mujer muy aseada y muy honrada. Tonina se encargó con la dueña de vigilar la mudanza de domicilio de Laguerre y de Siete Espadas, así como de arreglar su pequeño ajuar. Todo estaba en muy mal estado de resultas de la economía del padrino y de la inconciencia del ahijado. Lise fué á ayudar, y una noche Siete Espadas quedó muy sorprendido al entrar en una habitación en la cual todo parecía nuevo, tan remendados estaban los harapos, y los muebles límpios y relucientes. La modesta cena fué servida en vajilla que no estaba rota, y el padrino declaró que el vino era mejor cuando era transparente y estaba bien lavado. Era una gran concesión dadas sus costumbres silvestres y duras. Parecía querer volver de pronto al sibaritismo. En ello había bien un poco de venganza contra su exdueña, con la cual se había enfadado en sumo grado, por una gata ladrona de tocino, vieja compañera á quien quería mucho y que

la anciana había hecho desaparecer por maldad; pero también había algo de la influencia asombrosa de Tonina. Ella le había atacado en gran manera en su amor propio.

—¿Cómo es,—le dijo una mañana al entrar en su habitación para darle noticias de Audebert,—que un hombre aseado, un anciano sano y distinguido como usted, vive en semejante cuchitril? Es el abandono de las personas en casa de quienes usted come que le hace pasar á usted por avaro. No se necesitaría más que un poco de corazón y de amistad en torno de usted para darle el aspecto que conviene á un encargado, uno de los más considerados de la Ciudad Negra. Si usted estuviera en nuestra casa la Laurentis no le dejaría ir el domingo á misa con agujeros en las rodillas y una camisa negra del trabajo de la semana.

—Lo cierto es, hija mía,—contestó el anciano herrero,—que la mujer que me cuida no es buena más que para matar los gatos, y estaría contento pudiéndose probar que se puede estar mejor en otra parte que en su casa, sin pagar más.

Siete Espadas de pronto hallóse como en otro mundo al ver cambiar así el aspecto de las cosas á su alrededor. En vez del agujero negro y horrible en el cual la morada de su padrino estaba metida, tenía una habitación clara, elevada al flanco del peñasco y desde la cual abarcaba con una mirada todo el cuadro variado y animado de la Ciudad Negra, pintoresca decoración de fábricas ahumadas y de cascadas centelleantes, montón de carbones y de diamantes, santuario de trabajo ardiente en el seno de una naturaleza áspera y sublime.

Sin darse una cuenta exacta de la poesía que le rodeaba, sintió su ensueño iluminarse con un rayo de alegría y de bienestar. Los detalles de la vida fabril á menudo son repulsivos de ver. Nada tan triste como un taller sombrío en el cual cada hombre amarrado, como una pieza de mecánica á un instrumento de fatiga, funciona, privado de la luz y del sol, en medio del ruído y del humo; pero cuando el conjunto formidable de la potente palanca de la producción se presenta á la vista, cuando una población activa é industriosa resume su grito de guerra contra la inercia y su grito de victoria sobre los elementos por las mil voces de sus máquinas obedientes, el pensamiento se eleva, el corazón late como ante el espectáculo de una gran lucha, y se siente bien que todas esas fuerzas materiales, puestas en juego por la inteligencia, son una gloria para la humanidad, una fiesta para el cielo.

IX

Tonina probablemente no tenía el sentido bien definido de esa apreciación, pero tenía el instinto. La blanca muchacha del taller queria á su Ciudad Negra; respiraba á sus anchas y revoloteaba por la obscura ponzolana de las callejuelas y de las gale-

rías, tan aseadita y tranquila como los pajarillos al borde de los remolinos del rio. No habia pensado más que en trasladar al aire y al sol el nido del á quien llamaba su compañero, y, sin ser una inteligencia demasiado excepcional, sabía muy bien que se vive más alegre en una terraza que en una bodega.

Otro cambio agradable en la vida de Siete Espadas fué la instalación de Va-sin-Miedo en la barraca, en el puesto de Audebert, á quien Tonina supo persuadir que tomara el puesto que Va-sin-Miedo dejaba vacante en uno de los talleres de la ciudad.

Esa resolución había costado á Audebert; su orgullo de expropietario y de hombre de proyectos, no se amoldaba mucho á la austeridad del simple obrero.

Había sentido que se hacía gravoso á Siete Espadas: pero temía comparecer otra vez en la ciudad, después de los desastres, bajo el harnés del trabajo. Tonina, hablando con él, descubrió el secreto de su vanidad y el medio de darle otro aliciente.

Audebert habia desconocido su verdadera aptitud. Era poeta; las palabras le acudian en abundancia y tras esas palabras había algo de pintura y de vida. Tenia el sentido de la observación idealizada, y su ternura estaba provocada fácilmente por los pequeños dramas de la vida obrera. Su error consistió en haber creido poder abordar sin cultura, y en una edad demasiado avanzada, las abstracciones y los cálculos de la ciencia social.

Por casualidad, en un pequeño ataque de calentura, púsose á hablar en verso á Tonina. Los versos

no eran correctos; Tonina no lo notó mucho, sin embargo cantaban al oido y gustaban á la imaginación. Las imágenes eran vivas y los sentimientos tiernos y verdaderos.

Cuando el ataque pasó, Tonina le preguntó si alguna vez había hecho canciones.

—Sí, á veces, para divertirme,—contestó,—pero jamás las he enseñado. Habría tenido vergüenza decir que era poeta. ¿Hay nada más despreciable que un poeta? Es una voz lloricona que cuenta la pena sin encontrar nunca el remedio.

—No importa,—repuso Tonina,—enséñeme usted sus canciones, ó si ha descuidado escribirlas, procure acordarse de una ó dos. Usted tiene la cabeza cansada, por algún tiempo no puede pensar en sus grandes asuntos, que por otra parte no comprendía; una canción le descansará y me gustará oirla.

Audebert cantó sus versos, que gustaron á Tonina y á Lise. Los aprendieron en seguida y las cantaron por la ciudad, en la cual tuvieron mucho éxito.

Audebert desde hacía tanto tiempo estaba tan privado de cumplidos, que estuvo muy agradecido de los que le trajo Tonina. El infeliz era bueno y sensible en su vanidad; existía tanta necesidad de ser amado como necesidad de ser admirado. Durante su convalecencia, fué á hacer versos al campo. Su cabeza se calentó, y trajo algunas canciones que realmente eran bonitas. Las mandó á Tonina por Siete Espadas, que se las entregó diciendo:

—Hé aquí que el pobre amigo ha cambiado de manía. Se cree un pequeño Beranger, y si usted no

encuentra el medio de detenerle, la va á marear con su rimas.

—¡Pues bien! será lo que habrá hecho de más razonable en su vida,—dijo Tonina después de haber leido las canciones.—¡Escuche usted sino están bien hechas!

Cantó con su bonita voz, fresca y sin pretensión, los versos del anciano poeta, y Siete Espadas los encontró hermosos, lo que causó á Tonina mucha alegría. El anciano padrino los escuchó también, no los comprendió muy bien, pero los declaró muy bonitos, temiendo pasar por tonto si era de otro parecer que «su princesa»; únicamente se persuadió que también los haría él si quería, pero no lo quiso.

Tonina y Lise propalaron las canciones alabándolas mucho, después les ocurrió una idea, que fué hacerla remitir bajo sobre, por Gaucher, al diario de anuncios de la ciudad, en el cual á veces habían leido las elucubraciones de los poetas de la localidad, las cuales no les habian parecido muy bellas y que sin embargo las imprimian. El sábado siguiente, encontraron con alegría una de las canciones de su poeta en la hoja semanal. Para los obreros de la Ciudad Negra fué la consagración del talento de Audebert, y Tonina imaginó aún hacerle preparar un pequeño triunfo para su entrada en los talleres. Dos ó tres muchachos, que tenían gusto para cantar, aprendieren sus versos, y se pusieron á entonarlos en coro cuando compareció. Del taller que trabajaba Tonina con sus compañeras, voces de muchachas contestaron la segunda estrofa. Aude-

bert se puso á llorar, y todos enternecidos fueron á darle apretones de mano. Los muchachos le ofrecieron el vino de la bienvenida. Cantaron mucho, exaltáronse algo, y trabajaron poco ese dia; pero al otro dia Audebert, deseoso de probar que un poeta no es necesariamente un perezoso, puso manos á la obra con ardor, y por la noche salió lleno de ideas poéticas que le tardaba escribir.

No obstante el buen anciano no aceptó su gloria sin algunos suspiros de pena.

Era para él como algo peor, como un pequeño sendero que seguía la carretera soñada. Tenía las prevenciones de muchos de los de su clase contra las grandes inteligencias, y siempre llegaba á decir que ese no era el hecho de ser hombre formal y útil.

Gaucher, que tenía buen sentido en su sencillez, le dijo:

—Consuélese usted, los versos que cantan me parecen utilísimos, á mí que no sé leer mucho en los libros, y no soy el único. Es la moral que nos viene desmenuzada, y que nos entra en la cabeza sin que lo notemos. Dice mucho en pocas palabras, vá por todas partes, y se queda donde vá. Consuela á menudo, enseña á ver y á sentir lo que es bello y lo que es bueno. Además no hay nada más útil que lo que es muy claro y está muy bien dicho. Su sistema podía ser bueno, pero no lo comprendian todos. Acaso, sin ofender á usted, faltaba aquí y allá alguna cosita, mientras que en sus canciones no falta nada. ¡Pues bien! cuando no se tienen todos los medios necesarios para sacar de apuros á todos los hombres, es bastante tener los medios que se

acepten las penas con paciencia. En lugar de usted, estaría tan orgulloso por haber hecho unos hermosos versos de canción como por haber escrito toda una biblioteca.

Audebert agradeció á Gaucher sus buenas palabras, y portóse en el taller bastante regularmente. No carecía de valor; únicamente se cansaba pronto, y se molestaba á menudo á los amos por un exceso de susceptibilidad. A la menor apariencia de reproche, tenía rabietas como un niño. Lise, Tonina y Gaucher, le trataron un poco como tal, sin dejar de respetar su edad, su corazón y su inteligencia, sabiendo bien que no ahorraría ya nada, y que era preciso hacerle ganar su pan cotidiano los días de buen humor, distraerle los días de tristeza, y contenerle los días de exaltación. Tonina conservó sobre él un gran imperio, y supo arreglárselas para que hiciese las paces más de una vez con sus amos, con sus amigos y con él mismo.

Siete Espadas, por su parte, trabajaba como un demonio enfurecido, esperando poner sus asuntos en bastante buen estado lo antes posible porque Tonina no tuviese pretexto para sus negativas. Estaba más enamorado de ella que lo había estado nunca, y es preciso decir también que ella se hacía notar cada día más por su inteligencia y su conducta ejemplar. Volvíase completamente bella y le parecía más que todas las demás á causa de cierto aire que las demás no tenían. Ya imitaban su tocado, su manera de vestir y sus gestos, porque se habia puesto mucho de moda; pero todo eso no era la princesa Tonina, y si los muchachos de mala vida se alejaban de ella como de una remilgada, los que

tenian gusto y altivez comenzaban á cortejarla y á disputarse su atención.

Poco á poco sucedió que en medio de esos homenajes, Tonina pareció que se volvía coqueta á Siete Espadas que se había hecho celoso. No daba pié á nadie, diciendo que quería permanecer solterona sin hacer travesuras; pero tenía modales corteses y alegría con todos. No ocultaba su rostro y su inteligencia como en los tiempos que, alta y delgada niña, desconfiaba de su propia persona, y de los demás. Ahora, estaba obligada á ver, que gustaba, que muchos querían gustarle, y que estaba guardada por demasiados enamorados rivales los unos de los otros para estar expuesta á las insolencias de uno único. Iba pues con la cabeza levantada por su Ciudad Negra, hablando con todos, aconsejando á uno, consultando á otro, siempre en vista del bien de alguno, respetuosa con los ancianos, respetada por los jóvenes, no queriendo perjudicar á ninguna mujer, y haciéndose querer de todos sin aparentar buscarlo.

Siete Espadas, veía todo eso y estaba orgulloso, porque imaginaba ser preferido secretamente; pero cuando sentía que la preferencia era manifiesta, atormentábase mucho, y no sabía ya que pensar de la amistad que Tonina le había demostrado en sus pesares. Entonces notaba que tenía cuidados y bondad para todos los que veía padecer en torno de ella, que su placer era hacer favores, y que sabiendo consolar lo había tomado como un deber. Ese carácter de bondad y de caridad desarrollábase cada día en ella, y después de una infancia melancólica y reservada se volvía expansiva y buena

consejera para los desgraciados, como si de repente hubiese renunciado á vivir para ella.

Tenía atenciones delicadas que le hacian bendecir por todas partes. No yendo nunca al baile ni á las reuniones en las cuales el gusto que inspiraba á muchos jóvenes hubiera podido suscitar contiendas, al mismo tiempo que trabajaba con asiduidad en su taller, empleaba todos sus ratos disponibles en hacer obras que revelaban su buen corazón. Si algún conocido suyo estaba enfermo, aunque no tuviera más que una hora para consagrarle, acudía allí, y con solo su presencia consolaba y reanimaba la familia. A un pobre siempre encontraba medio de llevarle algo, y sabiendo que no tenia nada no se avergonzaba en pedirlo á los que eran ricos, y siempre los hallaba bien dispuestos para ayudarla en su caridad.

Si el tio Laguerra estaba enfadado lo persuadía tan cariñosamente, empezando siempre por darle razón, hasta que pronto le hacía convenir que no estaba en lo cierto.

Si Gaucher tenía un momento de tristeza, Lise acudia á advertirla, y combinaba un paseo con los hijos, para distraerle.

Tenia encima del peñasco, al nivel de su cuartito, cuatro metros de breñas donde era muy hábil en criar tiestos de flores. Todos los domingos iba á llevar alguna planta bien florida á Audebert que adoraba los perfumes, y traia la que con la cual habia disfrutado durante la semana, para cuidarla hasta que volvia á florecer. Sus enamorados le llevaban y ella no las aceptaba más que diciéndoles:

—¡Saben ustedes que son para nuestro cancionero!

Y le contestaban:

—¡Está bien, Tonina, puesto que es gusto de usted!

¡Qué no imagina en efecto para complacer á sus amigos! Habia buscado á Laguerre la gata más hermosa del mundo, y la tenia limpia y blanca como el armiño. Enseñaba á leer y á coser á Rosita; la componia, cortando ella misma sus vestidos, arreglándoles sus cabellos rubios con tanto gusto que Gaucher, al salir de su fragua, negro como el demonio, creia ver un angel en el umbral de su casa. Cuando los muchachos iban á cazar ó á pescar, le ponia á contribución alegremente para sus enfermos; y estaban tan contentos que les diera las gracias, que se hubieran roto el espinazo por las breñas para traerle un tordo ó una trucha.

Siete Espadas lo notaba todo, admiraba y sufria; pero ¿de qué podia quejarse? Si se acercaba á ella con la intención de hacerle reproches, la encontraba remendando su ropa blanca ó preparando su cena, todo á la vez, criada y dueña en la casa que vivian, como en todas las casas en las cuales se dignaba llevar orden ó socorro, la limosna de sus brazos, de su corazón ó de su inteligencia, todo eso sin respetar sus manos blancas, que, yo no sé que milagro de habilidad ó de coquetería conservaba tan hermosas que hablaban de ellas hasta en la ciudad alta, y que muchas señoras se las envidiaban.

Al ver que todos querían complacer á Tonina, Siete Espadas atormentábase por ver lo que podría hacer para ser más agradable y fiel que los demás.

Aunque estuviese seguro de hallarla cada noche en la habitación de su padrino y poder hablarle algunos instantes, el Hoyo Perdido estaba lejos, y pasaba todo el día sin verla, mientras los demás jóvenes obreros, yendo y viniendo á su alrededor, podían encontrarla á todas las horas. Aún estuvo muchas veces á punto de mandar á paseo la fortuna; pero una consideración apreciable le contuvo.

* * *

Tonina rechazaba todos los partidos, diciendo que un marido razonable la contrariaría ciertamente en su liberalidad, y que con un marido de su carácter, pronto la miseria haría imposible toda liberalidad. Entonces Siete Espadas se decía que era preciso ser rico para poder ponerla en situación de ser generoso á su antojo, y cuando los celos le habían hecho descuidar un poco sus asuntos, trabajaba valerosamente pero sin gran resultado. Sus relaciones con el exterior estaban aún mal establecidas, sus ventas medianas, las remesas á menudo retrasadas por culpa de sus obreros, á pesar de la autoridad y actividad de Va-sin-Miedo.

Siete Espadas, en su inquietud, imaginábase que Tonina habría podido darle el impulso del genio, si hubiese querido amarle; pero no era atrevido, ni

hábil con ella. Su altivez no se amoldaba á las pacientes delicadezas con las cuales es preciso convencer á una mujer que se ha vuelto desconfiada por su propia culpa. Generoso y sincero, no sabía ser cariñoso. Seguro de su franqueza y orgulloso de su buena conducta, que le elevaba por encima de la mayor parte de sus jóvenes compañeros, no sufría fácilmente que no se le hiciera justicia. Había visto á los perezosos y calaveras fáciles de arrepentirse, llorar, hacer protestas. Su padrino había tenido sobre él su parte de influencia. Le había inspirado el desprecio con la debilidad, y cuando niño, de resultas de alguna falta ligera, tuvo necesidad de hacerse perdonar, el anciano le dijo, con su voz terrible:

—¡Eso no! ¡no hay más que los cobardes que mimen á sus padres! No vuelva usted á desobedecer, hé aquí como se hará perdonar usted.

Siete Espadas había contraído, pues, un poco de la rigidez del anciano herrero. No conoció bastante los besos de su madre, y jamás el sentimiento de protección cariñosa que una joven hermana inspira. Su belleza varonil decía todo eso para quien sabía estudiarle, y acaso Tonina había penetrado la expresión con un poco de temor.

Sin embargo el pobre armero tenía grandes arrebatos de sensibilidad cuando se encontraba solo; á veces su corazón afligido prorrumpía en sollozos; pero se avergonzaba en vez de hacerse un mérito.

—¿Qué importa que tenga este pesar?—decíase: —sé muy bien que no es el pesar lo que hace á un hombre sólido y emprendedor: al contrario es lo que le debilita y rebaja. ¿No me ha dicho Tonina

que era preciso perseverar en mi empresa? Sin duda me despreciaría, si abandonase la partida para ir á llorar á su puerta como un perro apaleado.

¡Vamos! ¡acaso llegue un día que sea quien soy, en el cual los hechos valdrán más para convencerla que las palabras cariñosas para enternecerla!

Siete Espadas no había realizado sus sueños de desahogo. No tenía ni buenas mulas para llevar su mercancía, ni valiente caballito para llevarle á él en sus visitas á los pequeños compradores. Ibase á pie por los caminos, taciturno, altanero y mal dispuesto á tomar los parroquianos por la persuasión.

También hizo pocos negocios. Habíase equivocado mucho el día que se había creído bueno para el comercio.

Su alma, recta y proba, se indignaba de los mil pequeños subterfugios del comprador, de las afectaciones de desdén en uso para despreciar los productos y tenerlos más baratos. Hubiera sido preciso contestar con un lenguaje *ad hoc*, llamado *jerga* por los prácticos, cambio de mentiras frívolas, tacañerías divertidas, y hasta innectivas de convención; eso le era imposible. Enfadábase cuando le trataban de ladrón y de bandido, aunque supiera muy bien que eran bromas amistosas aceptadas por el pequeño comercio de las ferias, y que, por cinco céntimos de rebaja, pueden llegar hasta tratarse de asesinos, y un instante después ir á beber unas copas juntos, para cimentar el buen acorde.

Siete Espadas regresó un día á la barraca, muy descontento de su situación, y halló las cosas sobre un pie que acabó de consternarle.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO